

Cuatro días en Madrid

SIMONE DE BEAUVOIR :: 13/01/2022

En abril de 1945, tras realizar un viaje al Madrid de la post-guerra, Beauvoir publicó sus impresiones en este artículo en 'Combat', el periódico francés de la Resistencia

El 9 de enero de 1908 nacía en París Simone de Beauvoir, referente del feminismo.

A las diez de la mañana hemos dejado atrás la oscura masa de El Escorial, que fue devastado por la guerra civil, y con las casas aún en ruinas. Ahora el tren está cruzando una meseta rocosa cubierta de escarcha blanca. Y de pronto, sin suburbios para anunciarlo, surge Madrid. Mirando a través de la puerta, veo las secciones de un gran edificio destripado a la izquierda, sobre la estación de tren. Es la residencia universitaria más remota.

«¡Taxi!» Una sola palabra, e instantáneamente hice un salto en el tiempo. Me transportan a una gran ciudad de antes de la guerra. Junto a la carretera llena de taxis y automóviles, masas de peatones, atestados de personas. Las aceras están oscuras entre la gente.

Las calles de Alcalá y la Gran Vía están llenas de deslumbrantes y lujosas tiendas: hay zapatillas, bolsos de cuero, medias de seda, vestidos, corbatas, impermeables, relojes, joyas, cestas de frutas confitadas, cajas de chocolate, ropa, trajes, camisas, etc. No recuerdo que los comercios de Faubourg-St-Honoré fueran más brillantes en el momento de su esplendor. En los bares, cafés y grandes pastelerías, el café con leche y el chocolate fluyen rápidamente.

En teoría, el azúcar y el pan están racionados, pero la famosa frase «Si no tienen pan, que coman pasteles», se aplica exactamente aquí. La clase alta rica fácilmente lo hace sin pan; en lugar de eso, comen pequeños panecillos hechos con leche que llaman «suizos», croissants, pasteles rellenos de crema... Y los cafés y pastelerías pueden suministrar azúcar a su discreción. En teoría, en los restaurantes está regulada, pero en realidad todos los restaurantes, a la vista de todos, sirven a cada cliente lo que él desee pedir.

La nueva neutralidad

Aturdida y deslumbrada, con los ojos parpadeando, subo hacia la Puerta del Sol. En el camino, veo una ventana dedicada a la propaganda alemana. Enormes fotografías muestran a una mujer alemana en el trabajo y al Volksturm, sonriendo ampliamente, apiñándose en las oficinas de reclutamiento. Las frases heroicas prometen la victoria con letras grandes y negras. No lejos de allí, también hay una oficina de propaganda en inglés. Todo el mundo sabe que esta simetría es una mentira y conoce la ayuda que España aún brinda a Alemania. Pero lo que aprendo aquí es cuánto ha reinado la Gestapo en Madrid; como una amante.

Por ejemplo, ha exigido y obtenido la expulsión de un obispo polaco de 80 años y de otras figuras polacas destacadas. Por otro lado, sus esfuerzos para crear un antisemitismo español, a través de campañas de prensa y todo tipo de propaganda, han sido en vano. No

hay judíos en España, ya que fueron expulsados en el siglo XVI, y la colonia creada por los refugiados en el Este está protegida por los habitantes de esta península como españoles, no como judíos. Incluso se siente una gran ternura por ellos porque han conservado intactas las tradiciones españolas más antiguas. Ahora, los simpatizantes alemanes más obstinados admiten cínicamente que ha llegado el momento de «voltear sus abrigos» y en los periódicos que he visto se observa una estricta neutralidad.

La abundancia aparente

Paso por las empalizadas de madera usadas para esconder los escombros de dos grandes edificios pulverizados durante la guerra civil, y salgo de Alcalá con alivio. Esta mañana hacía mucho frío, pero ahora el sol golpea la ancha avenida que está llena de un lujo que me hace sentir incómoda. Por la calle Mayor, entro en las calles estrechas y sombrías que son el corazón densamente poblado de Madrid. Aquí también hay una abundancia asombrosa. Las calles están ruidosas con la gente. Grupos de gente, jóvenes y niños, se aferran a la parte posterior y lateral de los tranvías que se sacuden.

Las tiendas están llenas de ropa y comida: vendedores de frutas con sus enormes racimos de plátanos y canastas de naranjas y mandarinas; pescaderías donde se cortan gambas rosadas y atún con sangre; en las grandes barras se encuentran colgados jamones, salchichas, cordero con piel y también corderitos con lana negra rizada; cochinitos cortados por la mitad se muestran en platos grandes; hay enormes quesos redondos, huevos, mazapanes, mermeladas de membrillo, chocolates y pasas.

Bajo el arco de la alcaldía de la Plaza Mayor y alrededor de la Plaza de Cascorro, hay vendedores ambulantes de aceitunas, almendras, suizos, caramelos, tijeras de azúcar rosa, cañas de azúcar rojas, tortas para asar, rosquillas de todo tipo: planas, infladas, redondas, retorcidas. También caminan alrededor con cestas llenas de cigarrillos y pequeñas hogazas de pan. El pan y los cigarrillos están racionados, pero se venden ilegalmente a plena vista, sin tomar precauciones.

Un poco más abajo, al final de la Plaza de Cascorro y en las calles vecinas, se establece una especie de mercadillo en el que se vende de todo: telas, sabanas, fonógrafos, relojes de alarma, sartenes, chalecos taurinos, chales, tenedores y novelas populares con portadas de colores vibrantes. Y alrededor de la plaza, a lo largo de las calles, hay tabernas oscuras y frescas, decoradas con azulejos, abiertas para los comercios. En la oscuridad se pueden ver enormes barriles llenos de vino, con otros suspendidos del techo, y en el mostrador hay platos de gambas, langostinos, patatas fritas y aceitunas.

Tres días de trabajo por una comida

Así que la primera impresión al llegar a Madrid es un sentimiento de abundancia extraordinaria, una vida generosa y fácil; pero la percepción cambia tan pronto como se ve el precio de las cosas. Un trabajador no cualificado o una criada ganan aproximadamente 9 pesetas por día, y un trabajador cualificado gana de 12 a 15 pesetas. Pero en la zona de Alcalá, una comida sencilla cuesta 15 pesetas, una comida decente 25 y una buena comida cuesta entre 40 y 50 pesetas. Un café con leche cuesta 1,5 pesetas, un suizo 1 peseta y un pedazo de pastel 2 pesetas.

Comparando estos precios con los del mercado negro en Francia, se puede afirmar que la relación entre los precios y los salarios de la clase trabajadora es aproximadamente la misma. En ambos casos, una buena comida en un restaurante representa un trabajo de dos a tres días y un hojaldre de crema supone la sexta parte del salario diario de un trabajador. La diferencia es que la comida es mejor y más variada en Madrid, y los pasteles más fáciles de encontrar. El lujo no es clandestino; se muestra, pero esto es una ventaja sólo para los ricos.

Lo que es mucho más importante tener en cuenta es que no sólo la mercancía vendida en la Gran Vía, sino que incluso la de la Calle Mayor son prácticamente inaccesibles para la clase trabajadora. Los suministros más necesarios están racionados.

En cuanto al pan, se permiten 100, 150 o 200 gramos por día, según un ingreso mayor o menor. Si se le permite a un trabajador 200 gramos por día, debe comprar cualquier pan adicional a un precio más alto que el del impuesto. Las patatas y los garbanzos, que son la base de la comida española, se distribuyen en cantidades ridículamente insuficientes. En el mercado negro, un kilogramo de garbanzos puede alcanzar las 10 pesetas. En cuanto a los alimentos no racionados, un huevo cuesta 1 peseta, un kilogramo de carne 20, los tomates y los plátanos cuestan 1,6 pesetas.

Así que la clase trabajadora no come huevos, ni leche, ni carne, ni verduras, ni frutas. Le pregunté a un amigo: «¿qué comen?» Y me respondió: «se comen la punta de los dedos», y agregó: «vete a caminar por Tetuán y Vallecas. Eso te informará mejor que cualquier cosa».

Miseria suburbana

Tomé el metro y me dirigí a Vallecas. El metro es lo único que no es caro en Madrid. El precio de un billete varía entre 0,10 y 0,20, por lo que incluso para los pobres, el transporte tiene un precio razonable y es conveniente. Al día siguiente, fui a dar un paseo por el barrio de Tetuán, en el extremo norte de Madrid. Tetuán está construido sobre colinas frente a la Sierra Nevada. Al sureste de la ciudad, Vallecas es más industrial, rodeada por un paisaje de ferrocarriles y fábricas. Pero hay profundas similitudes entre estos dos barrios. El recorrido por ambos es a lo largo de una avenida larga, recta y ancha, donde se pueden encontrar tiendas, tabernas y cines, con grandes edificios nuevos pintados en colores suaves que se alzan aquí y allá.

Pero si uno va a 20 metros a la derecha o a la izquierda, se encuentra en el corazón de una región extraña que ya no es una ciudad, sino una zona, y donde caminar por ella sólo un instante es suficiente para entender que, aunque el régimen ha prohibido el reclutamiento en Madrid, no ha disminuido la miseria al hacerlo. Ya no hay calles, sino caminos de tierra recortada bordeados de casas con techos de tejas rojas. No se encuentra ni una sola tienda. Los niños caminan descalzos y, a menudo, se visten con harapos, con la espalda descubierta. Hombres y mujeres usan alpargatas o zapatillas, y nunca zapatos. Padres, niños, cabras y gallinas se amontonan dentro de las minúsculas chozas cuyos interiores oscuros se pueden ver a través de las puertas abiertas. En los días fríos y lluviosos (y el invierno es duro en Madrid, y las lluvias son fuertes), debe ser terrible vivir en estas casas y caminar por la tierra empapada. En los días soleados, viven fuera.

En los umbrales, las mujeres bañan a sus hijos, frotan su ropa y hacen sus reparaciones. Hacen una tremenda cantidad de lavado y se pueden ver trapos remendados y descoloridos en todas partes, secándose al sol entre los pollos y las cabras, ya que la menor cantidad de tela es terriblemente costosa. Deben usar su ropa hasta que se caiga en pedazos.

La vida es muy dura para las mujeres. No hay agua en las casas y se puede ver a las niñas muy pequeñas que traen agua de la fuente en cubos que son demasiado pesados para ellas. No hay combustible, y para tener un poco de carbón hay que permanecer en una larga fila. Así que las mujeres tienen un aire acosado a su alrededor. Están vestidas de negro, prematuramente viejas y feas debido a la preocupación. Los hombres parecen menos sombríos; sienten la dureza de su condición, pero no son aplastados por ella. Por eso, la miseria en Madrid, por más profunda que sea, no es sórdida. Los niños juegan, las jóvenes se ríen, los hombres hablan entre ellos con voces alegres. La pobreza no los ha convertido en ganado resignado; siguen siendo hombres vivos, hombres que se rebelan y tienen esperanza.

Muriendo por vivir

Al salir de Tetuán, recorrí el lugar que solía ser el campus universitario. En el centro de la ciudad, quedan algunos vestigios de la guerra civil: un edificio destruido en Alcalá, algunos escombros cerca del Palacio Real y la estación de trenes del Norte. Pero el campus universitario, pulverizado por bombas y carcacas, aún está lejos de ser reconstruido. En este inmenso páramo — desnudo, agrietado y desigual— se pueden ver secciones de casas, partes de paredes, edificios decapitados y vastas ruinas de ladrillos secos, sazonados como los antiguos baños termales romanos. Se están construyendo nuevos edificios. Ya hay edificios grandes y brillantes que se alzan a lo largo del campus. Pero las pequeñas villas al norte de las tierras baldías están destruidas, casi demolidas. Incluso en el campus, explotan los restos de las casas y las paredes en ruinas; la guerra todavía está muy cerca.

¿Cerca del pasado o cerca del futuro? Dos días antes de mi llegada a Madrid, tres bombas explotaron en la sede de un sindicato de la Falange, y dos falangistas murieron. Una multitud de trabajadores, empleados y estudiantes se reunieron en una manifestación grandiosa en su funeral, a la que debían asistir para evitar sanciones graves. Diecisiete comunistas fueron fusilados oficialmente en represalia, y ¿quién sabe cuántos en secreto? Ellos disparan mucho en Madrid. Torturan. Como cerca de la calle Lauriston en París durante el reinado de la Gestapo, hay barrios donde los gritos de las víctimas durante la noche impiden que la gente duerma.

Un breve paso por Madrid es suficiente para sentir cuán inestable es el orden y el equilibrio actuales. Sin libertad, el menor esfuerzo hacia la justicia no se ve aquí. Y, sin embargo, los españoles no han perdido nada de su vida y su ardor. Sienten la opresión y la injusticia. Ellos quieren vivir, aman la vida ¿Debe ser que, una vez más, en nombre de esta voluntad y este amor, estarán obligados a elegir la muerte?

Fuente: *Quatre jours à Madrid*, publicado en el número de *Combat Magazine* del domingo 15 y lunes 16 de abril de 1945.

www.elviejotopo.com

<https://madrid.lahaine.org/cuatro-dias-en-madrid>